



EL CANCELLER L'HOPITAL,
EN LA NOCHE DE S. BARTOLOMÉ.

El canciller Miguel de l'Hopital dimitió su cargo en 1569. «Tengo, escribía á Catalina de Médicis, sesenta y cinco años cumplidos, mujer, una hija, yerno, y nueve nietos; además, muchos fieles criados, á quienes no puedo dejar perecer de hambre; una torre de mi palacio está arruinada; si V. M. por razones de estado cree que no debe ayudarme, tendré paciencia, pues esto no es difícil ni largo en mi edad.»

Cuando ocurrieron los desastres del día de S. Bartolomé, se hallaba el canciller en su castillo de Vignay, situado en las cercanías de Etampes. Toda su familia se le había reunido, menos su hija, Madame Huraut de l'Hopital, que estaba en París y que debió la vida á la viuda del duque de Guisa.

Un populacho furioso rodeó su casa, y sus criados se vieron al punto presos y maniatados. El canciller creyó llegada su última hora, y se resignó á la muerte sin violencia. Algunos amigos quisieron armarse y rechazar á los asesinos, pero él les dijo:

—Deteneos, y si no basta para que entre la puerta pequeña, abrid la principal.

Entre tanto se divisaba desde el castillo de Vignay una partida de

hombres á caballo, que corría á todo escape por la llanura. ¿Eran defensores ó nuevos asesinos? De todo se dudaba en aquellas circunstancias. Llegó la partida por fin; hizo que se retirasen los primeros agresores, y se estableció en el castillo como una salvaguardia enviada por la reina. Aquellos hombres dijeron á l'Hopital que nada tenía que temer su familia, y que á él mismo se le perdonaba el celo que habia manifestado en favor de los herejes.

—Ignoraba, contestó el canciller, que yo mereciese la muerte ni el perdón.

Tal es el objeto del cuadro espuesto este año por Mr. Decaisne, y que damos en grabado á nuestros suscritores. El talento elegante del autor ha debido violentarse para presentar esta escena de turbulencias populares. Ha reservado su energía para la cabeza del canciller y la de su yerno Huraut, señor de Belesbat, y que aparece en pié detrás de la silla. Su corazón sin embargo desahuce á la vista de aquella mujer y de aquellos niños, y por eso los encubre algún tanto.

El cuadro es magnífico en su composición; las figuras están bien agrupadas, y la ejecución es brillante.

LA CAPA ROJA.

CUENTO NOCTURNO.

Era de noche y se acercaba el fin del otoño: un viento frío, que rugía á través del follaje, anunciaba la proximidad del invierno. Impaciente yo por llegar al rincón de mi hogar, aguijaba á mi caballo, no acordándome de que el pobre animal había andado todo el día sin descansar mas que una sola vez.

Había caminado mucho tiempo por un campo raso, y entonces se me presentó una senda pedregosa: seguía, y no tardé mucho en hallarme metido en un bosque, á cuyo lado se levantaba una colina, en cuya cima descubrí una horra muy alta, de la cual estaba suspendido por una cadena el cadáver de un criminal.

Confesó sin rodeo y tal vez con rubor que soy algo superficial; ¡ojala que esta confesion me valga alguna indulgencia! Con el fin de salir de aquel paraje fatal antes que la noche me envolviera completamente en sus tinieblas, puse mi caballo al galope.

Alzabase la luna, y su pálido y misterioso resplandor iluminaba tristemente mi camino. Aun no hacia un cuarto de hora que había perdido de vista el objeto de mi terror, cuando oí á cierta distancia el rumor de un caballo que se acercaba galopando á mi espalda, y en este momento comencé á sentirme penetrado de un frío extraño y glacial.

Eché los botones de mi chaqueta sin encontrar consuelo; púsemelo alrededor del cuello el pañuelo del bolsillo, y creyendo que el ejercicio disiparía esta nueva incomodidad, metí espuelas con mas fuerza. Pero yo continuaba helado, y á pesar de la estremada velocidad de mi cabalgadura, ois sin cesar detrás de mí el mismo rumor que había herido antes mis oídos. Miré á todos lados sin descubrir alma viviente; pero en una revuelta de la senda percibí un caballo torcido montado por un hombre alto, lacio y seco, de puntiaguda nariz, cara pálida y melancólica, cuyos párpados eran tan largos que parecia dormido. Chaqueta blanca, sombrero adornado con pluma encarnada y jubón negro, componian su vestimenta. Lo que mas en él me sorprendió fué que llevaba la camisa abierta por delante y el cuello enroscado desnudo.

Cabalgué algún tiempo á la par sin que aquel ente extraordinario volviere la cabeza para mirarme. Yo no dejé de contemplarle hasta que mis ojos se entumecieron de frío. De cuando en cuando me veia precisado á echar el asiento en mis dedos, abandonando las riendas de la brida, y al recogerlas conocí que mi caballo iba tan helado como yo.

En tanto el desconocido no echaba de ver mi incomodidad; su capa de color rojizo colgaba atravesada en el arzon delantero, su chaqueta daba vueltas alrededor de su cuerpo, y su camisa, agitada por el aire, ondeaba como una vela.

Pareceme esto muy singular, y lo era en efecto. Revelaba su persona un tipo inconcebible, misterioso, tan difícil de espiar como de definir, y que inspiraba secreto terror. No puedo dar cuenta de la sensación ni del movimiento que me hizo clavar las ayudas en los polvorosos ijares de mi bucéfalo, que á despecho de su cansancio salió al trote largo. Era mi intención sin duda deshacerme de mi compañero; pero éste, viéndome huir, se lanzó en mi seguimiento: cuando yo repetía la velocidad de mi carrera, él repetía la suya; y cuando yo volvía á galopar, galopaba él también á mi lado. Esta táctica singular no dejaba de causarme zozobra y aun espanto; pero el mayor de mis males era el horrible frío, que cada vez se hacia mas intenso, que penetraba todo mi cuerpo, que se iba insinuando en mis venas, que me ponía tan dolorosamente en la nariz hasta arrancar de mis ojos involuntarias lágrimas, que sorocaban mis mejillas, y me frías que el mármol.

Tranquila estaba la naturaleza en torno de nosotros: solo el eco aislado repetía los pasos de nuestros caballos, sola la luna alumbraba nuestra camino. Su luz incierta y dudosa proyectaba á lo lejos nuestras sombras en dimensiones gigantescas; pero la de mí compañero era doble de la mía, aunque iguales nuestras tallas.

Resuelto á dar fin á mis temores, reforcé la voz y le dije con tono que procuré hacer lo mas firme posible:

—¡Paréceme, caballero, que V. ha determinado que estemos siempre juntos, si bien uno de los dos no participa tal vez de semejante deseo.

Hizo el extranjero una leve inclinación con la cabeza, y en seguida manifestó cuánto le pesaba haberme importunado, aunque sin intención, pues creía que llevábamos el mismo camino.

Explicábase con tanta gracia y con tanta finura, que me vi precisado á imitarle, y á pesar del anhelo de deshacerme de su persona, fingí agradecer mucho su buena compañía, y volvimos á trotar uno junto á otro.

—¡El! ¡El! caballero, qué frío hace! le dije.—¡El V. quiere aceptar mi capa, replicó, me prometo que se abrássá V...—De ningún modo, repuse rechazándola secamente.—¡Será para otra vez! le dije el desconocido, y picando á su cabalgadura, me dejó sola. Mi caballo y yo sentíamos notable alivio.

Poco después llegué á una venta que se hallaba bajamente á la mitad del camino que yo debía andar, y cuando eréhe pie á tierra era cerca de las ocho. El ventero, hombre jovial, de vientre esférico, cara de luna llena, y perpetua sonrisa, me recibió como todos los venteros han recibido, recibien y recibirán á los caminantes.

—Deme V. un cuarto reservado, le dije; y que me traigan con qué refrescar.

Saludome el huésped profundamente, y en términos muy respetuosos me dió á entender el pesar que sentia de no poder servirme, pues el último aposento que le quedaba disponible, estaba ya ocupado hacia diez minutos por un caballero; pero creía que este tendría mucho placer en cedermela mitad del dormitorio.

Fuese á preguntar al caballero si consentiria en la cesion, y no tardó en volver á decirme de su parte que le cabria sumo gusto en disfrutar de mi compañía. Dirigí mis pasos á la habitación; pero juzgué el lector cuáles serian mi sorpresa y mi estremecimiento, cuando al llegar al dintel de la puerta, me encontré al extranjero sentado junto á su capa roja.

Al reparar en aquel ser misterioso diome una convulsion de nervios, é iba ya á retirarme; pero él se levantó, y ofreciéndome una silla, dijo que me cedía con satisfacción la mitad de su cuarto. No pude rehusar tan cortés ofrecimiento, cuando por otra parte, hallandome en un paraje habitado, debía estar completamente tranquilo; acepté pues el convite y senteme junto al hogar apagado, preguntándole si se le ocurría alguna objecion contra una buena lumbre, porque el frío iba apoderándose nuevamente de todos mis miembros. A esta pregunta sus facciones se alteraron visiblemente; pero, componiéndolas en el mismo instante, me respondió señalando su capa, en la que yo no me atrevia á echar los ojos.

—Yo nunca tengo frío, caballero, y esta capa me basta, aun en la estación mas cruda. Pero V. que está tiritando puede poseérsela, y estoy seguro de que entonces entrará en calor.

—Doy á V. gracias, le dije; prefero calentarme de otro modo. A la vista de aquel ropaje, que á mí parecer tenia algo de diabólico, sentia un terror secreto é indefinible que me forzaba á no aceptarlo: determiné pues rehusarlo por segunda vez. Tomada esta resolucion, me levanté, llamé al ventero, que se presentó inmediatamente, y volviéndome hacia mi compañero, é quise mi negativa había mortificado algun tanto:

—Proximo, caballero, le dije, que la lumbre no incomodará á V. aunque siempre tiene calor. ¿Consiente V. que la enciendan?

Inclinó el hombre la cabeza, pero sin responder, y clavando los ojos en el suelo continuó guardando silencio. El huésped se dió un buen frote de manos y salió diciendo que nunca había hecho tanto frío como esta noche. Mientras estuvo ausente, no dejó el desconocido la postura meditativa que había tomado: yo me sentia cada vez mas transido, y al cabo se apoderó de todo mi ser una melancolia glacial acompañada de convulsivo temblor. Las diez daban en el reloj de pared que había en nuestro cuarto, cuando llegó nos criada con leña. Era una moza de alegre cara y remangada nariz, á quien no se podia mirar sin soltar la carecujada; pero apenas hubo entrado, se quedó tan seria y melancólica como nosotros, y después de muchas tentativas infructuosas para encender lumbre, no pudo menos de confesar que le era imposible conseguirlo.

Hacia tanto frío que yo no quise renunciar al consuelo de calentarme. Vinó á su vez la ventera: pero en vano empué toda su maña para que la leña prendiera: solo lograba sacar de ella algunas chispas, pues así que el extranjero volvía hacia el hogar sus entelados ojos y su pálido rostro, gemían los tizones y el fuego se apagaba de contado.

Sin embargo, yo iba conociendo que si permanecía mas tiempo en aquel sitio estaba sepuesto á helarme vivo. Quise levantarme, pero unas piernas entumecidas y líneas se negaban á obedecerme, y así variando en mi asiento. Viendo el extranjero mi confusion, me dijo:

—Caballero, me parece que aun mortifica á V. el frío: hágame V. el gusto de abrigarse con mi capa.

Y abrió la capa roja, que estaba enteramente forrada de una magnífica piel de oso.

¡Oh, qué tentacion! por poco no estí en ella. Para vigorizar mi ya debilitada resolucion, quise apartar la vista; pero mis ojos se separaban á mi pesar de la discecion que yo queris darles, y se clavaban con afán en aquel forro tan blando y tan caliente. Observando el desconocido mi indecision, hizo nuevo alarde del objeto tentador, y me dijo con aquel tono de misterio, cuya singular expresion no estí en el lenguaje humano:—¡Si V. quisiera ponérsela, se abracaría entonces!—Al guaje humano cobró su fisonomía una palidez todavía mas livida, sus sombríos y eclipsados ojos lanzaron un brillo siniestro, y contraí todas sus facciones un horrible sonrisa, mientras su descarnada y amarillenta mano me señalaba con un dedo la capa roja.

Entonces vi algunas manchas oscuras, en ella esparcidas, que el color de escarlata hacia mas visibles.

Estremecíme... un pensamiento horrible se presentó á mi espíritu, y volvió su vigor á mis helados miembros. Eché á rodar mi silla, y precipitándome fuera del aposento, crucé la cocina como un relámpago, casi derribé al ventero al echarle una moneda de plata en la cabeza, y corriendo á la cuadra, ensillé mi caballo apresuradamente y salí al galope: pues ya oía la voz del extranjero que pedía el ayo blasfemando.

Pero mi vozcel era excelente: saltaban chispas de sus cascotes, y huían los prados á izquierda y á derecha, mientras que los árboles volaban junto á mí como unas sombras.

Llegué á casa jadeando: llamé á la puerta y salió á abrir la mi mujer. Estábase esperando impaciente, y al tiempo de abrazarme me dijo que arriba encontraría á un amigo antiguo que deseaba mi llegada casi con tanto afán como ella misma.

Esta noticia me dió estremado placer.

—Tanto mejor, le respondí: con un amigo de confianza, una buena botella y un buen fuego, es fácil consolarse y olvidar lo pasado.

Subí precipitadamente las escaleras; pero por poco no caigo de espaldas sorprendido y aterrado al hallarme al misterioso extranjero, cuya fija mirada no se apartaba de la tierra, y mas allá, tendida sobre el respaldo de una silla, la horrible capa, cuyos largos pliegues habían ahogado en otro tiempo los moribundos gemidos de una víctima.

El ruido de mis pasos sacó al ibicógnito de sus infernales meditaciones: levantóse y se acercó á mí cortesmente. Yo quise retroceder; pero, como tenía detrás la escalera, permaneci inmóvil. El se inclinó atentamente, y me rogó le perdonase el atrevimiento de presentarse en mi casa.

Ya que la fortuna, añadió, me ha deparado la satisfacción de acompañar á V. hoy en su viaje, he creído, al pasar por delante de esta casa, que V. se detendría si hubiese ido á pedir hospedaje en otra parte.

Estaba yo tan asustado, y me cortó en tales términos su osadía, que no pude responderle; tartamudeó algunas palabras; mas él se dió prisa en tomarlas por un consentimiento. No tuve valor para desengañarle.

Aparteme de su lado con pésimo humor y me acosté, aunque no para dormir, pues no lo consentía mi estremado frío. Sin embargo, el cansancio pudo mas que la imaginación, y me iba ya amodorrando, cuando, hácia la una, oí un ruido sordo que me desveló, y á la luz

de la lamparilla, que se iba apagando, vi deslizarse una sombra...

Era el extranjero... Acababa de entrar en mi cuarto no sé cómo, porque no senti abrir la puerta. Le vi acercarse silenciosamente, haciendo una larga pausa entre paso y paso... Empecé á temblar convulsivamente; conocí con indefinible angustia que el caballo se me erizaba, que mi respiración iba siendo cada vez mas laboriosa, que mi corazón no latía... ¿Cuál puede ser su intención? ¿Abogarme, asesinarme? ¡Oh, qué horror! Pero no cabe duda: trae en una mano aquella capa diabólica, espantoso instrumento... Le veo tocar la cama, temo perder uno solo de sus movimientos, le miro fijamente... y de pronto se conlucha mi vista, quiero distinguir, y no encuentro mas que tinieblas... ¡Horrible momento!

De repente hiere mis oídos debilitados un resplandor rojizo... era la capa iluminada por el último rayo de la lamparilla. La abre, se acerca andando como un espectro... ¡sin duda viene á ahogarme!... Quédate inmóvil un instante... ¿Qué horrible expectativa! ¡Eso era morir dos veces!

Ya no pude sufrir mas aquella calma y me tiré de la cama con las fuerzas que me daban la rabia y la desesperación.

¡Malvado! ¡Inimame, asesino! grité aferrándole por el cuello. ¡No me matarás al menos indefenso!

El desconocido dejó caer al suelo la capa fatal, apagose en aquel momento la luz, y empezamos una lucha espantosa en medio del silencio y de la oscuridad.

Los ojos de mi antagonista chispeaban en la sombra como carbones encendidos, lanzando al parecer vivos relámpagos. El combate se sostenía por ambas partes con igual encarnizamiento; pero el extranjero cayó en su mismo lazo, porque chredándose los pies en la capa, vino al suelo y yo tras él. Lanzó súbitamente un rugido semejante al del tigre... Yo le tenía sujeto por aquella nariz tan larga, tan aplada...

—¿Qué diablos estás haciendo, hombre? gritó mi mujer levantándose. ¡Qué majadería! ¡golpearme y pellizcarme de ese modo! estoy segura de que mañana voy á tener la nariz como un tomate.

Parece que durante mi sueño, bastante agitado en verdad, había estado toda la noche descubierto, y como tratase mi mujer de echarme la ropa encima, la había asido de las narices...

Esto explica el por qué nos habíamos caído entrambos de la cama.



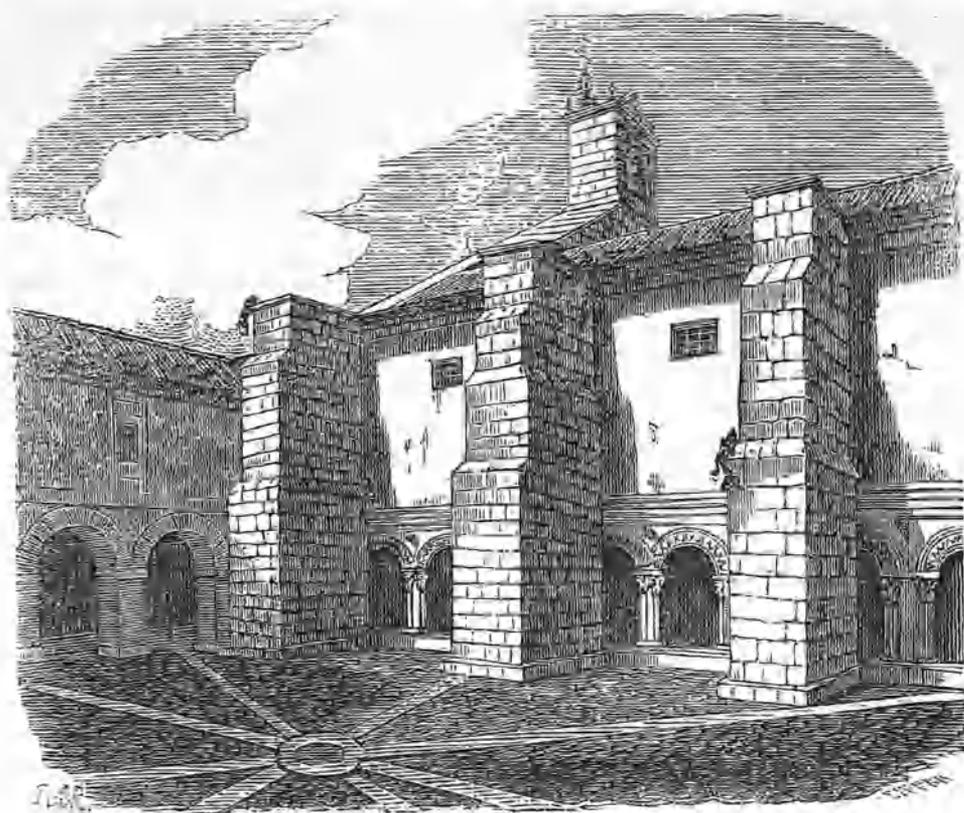
ANTIGUA COLEGIATA DE SAR.

Este monumento, que el vulgo mira con indiferencia, que el artista copia en sus cartones, que el filósofo estudia con aquella avidéz con que el naturalista se consagra al exámen de los fósiles antediluvianos, este monumento, repetimos, se alza humilde, pobre y despreciado en la hercúleina vega que se estienda por ambas orillas del Sar, río que baña á Santiago, y de tan modestas pretensiones por el agua que lleva, como de infinita valía por las tierras que fecunda.

Tres tradiciones se disputan el origen de esta iglesia: es la una la tradición popular; es la otra la tradición religiosa; es la última la tradición histórica.

El pueblo dice que ha servido de casa á aquellos freiles que nacieron guerreros á la voz de Balduino, rey de Jerusalem, y que murieron mártires bajo la autoridad de Clemente V, obispo de Roma.

El pueblo adivina que detrás de aquellas paredes medio derribadas,



(Claustro de la colegiata de Sar.—Galicia.)

que detrás de aquellos relieves medio consumidos, que detrás de aquellos sepulcros medio profanados, se oculta una inmensa catástrofe; una espantosa horrible, ó una injusticia infame: la catástrofe de Molay, la catástrofe de los Templarios.

El creyente asegura que esta iglesia es el homenaje piadoso al apóstol Santiago de un obispo de Mondoñedo, que perseguido y despedido del Pico-Sacro, monte cercano á Compostela, salió sano y salvo de una manera milagrosa.

El crítico afirma que el último obispo y primer arzobispo de Santiago, D. Diego Gelmírez, fundó la iglesia colegiata de Sar. En apoyo de esta opinión presentan una página de la *Historia Compostellana. Ecclesiam pauperrimam et parvam in litore Saris fundatam.*

Cada conciencia está autorizada á inclinarse á cualquiera de las tres versiones, porque cada conciencia tiene su crítica, y porque cada crítica tiene sus cortezas.

Lo cierto es que este edificio pertenece al siglo XI ó al XII.

La forma de la iglesia, por su distribución interior y su gusto de arquitectura bizantina, es igual á otra de la misma ciudad titulada San Pedro da Fora; cuyos restos se han demolido en nuestros días, y cuyas piedras sirvieron para pavimento de las calles. Sus estribos, de proporciones sólidas, formaban alrededor un *destra* para las procesiones. Parte de su piso se empleaba en *quintana* ó cementerio.

La localidad que ocupa la antigua colegiata de Sar, que era una decanía de canónigos hasta el siglo XV, corresponde al sitio donde estuvo el cuerpo del hijo del Cebadero antes de ser enterrado por sus discípulos en *Líbredion* ó *Liberum donum*, hoy Santiago.

En sus claustros bajos se conserva un lado de primorosa arquitectura bizantina de columnas pareadas, respetado por la mano del tiempo y la de los hombres, sirve hoy de partida de bautismo á este antiguo edificio.

En estos mismos claustros se conservan algunos sepulcros vaciados por los franceses en 1809; por los mismos que se habían consagrado anteriormente á esta tarea en los panteones de Saint-Denis.

Entre estas tristes mutilaciones se encuentra perfectamente conservada la siguiente inscripción:

†

HIC : YACEY : BERNALDES : ARIQ : GONDAN :
CANONICUS : COMPOSTELLANUS : QUI : ORIV : III : NONAS : MAYI :
SUB : ERA : II : CCC : XX : VIII :

El señor D. Gecaro Villamil, según tengo entendido, ha copiado con su diestro pincel parte de la colegiata de Sar: tales reliquias podrían servir para explicar sus colores.

J. R. FIGUEROA.

EL ESPEJO DE LA VERDAD,

cuento fantástico.

I.

BUENO Y MALO.

El rey que rubió había contraído matrimonio antes de rubiar con la mujer mas bella de su corte. Era un verdadero prodigio. Ojos de color de cielo, cabellera rubia como el sol al ponerse, talle de palmera agitada por la brisa, boca diminuta de labios de coral... todas las perfecciones en fin que el lector puede imaginarse á su antojo. En esto de mugeres fantásticas, la naturaleza es pródiga en encantos, desquite de su avaricia con las mugeres de carne y hueso.

Lo que no podrá el lector figurarse tan acertadamente, es el cariño que la profesaba el rey. Aunque subeámpara altivo y satisfecho de su linaje y de sus prendas, la había elevado á su lecho desde la modesta buhardilla de su padre, que era menestral. Con esto se dice todo. Cuando las pasiones sacan tan de sí á los reyes, muy profundas deben de ser.

¡Qué fiestas hubo y qué sigarara entre el pueblo! Duraron los horroros quince días, en esas iluminaciones públicas, los *Te-Deum* se cantaron á docenas, y hasta salió un real orden para que nadie vistiera luto á la sazón, aunque acabara de perder á la persona mas querida. El rey era prudente por extremo, sabio y bondadoso: quería evitar los contrastes del dolor y de la alegría, que son los mas horribles de ver. Por su parte, el pueblo, que como todos callaba á lo bendito y hacía cuanto le mandasen, se divirtió lo que pudo de real orden, pagó las fiestas, y *laus tibi Cristi*.

Por si ha llegado á interesar á nuestros lectores la pintura que hicimos de la reina, proseguiremos diciendo que antes de casarse igualaba la belleza de su corazón á la de su rostro. Amable y sencilla: lierna y virtuosa, cándida y pura, una sola circunstancia bastanos á hacer su elogio: nunca se había mirado al espejo. Ya porque el pobre de su padre no lo tuviera, ya porque el azogue fuese *hocillo de cardín* en aquellos paises remotos de nuestra historia, ó ya porque la curiosidad mugeril en ella no se despertara todavía, que era barto jóven, jamás se le ocurrió á Teodolinda la idea de ver reproducidas sus acciones para admirarlas. En torno suyo, cuando iba á misa ó á paseo con su padre, modestamente vestida y de verse en público avergonzada, en torno suya, repito, oia decir frecuentemente:—¡Qué hermosa doncella es Teodolinda!—una flor es Teodolinda:—¡perla

como Teodolinda! ¡Dios nos la guarde! —pero ni por esas le picó la cocezon de mirarse al espejo, ó supiera en un baño de agua.

—¿Es verdad que soy bonita, padre? preguntaba tal vez al viejo arriesado con sencilla curiosidad; pero su padre, sin responder palabra, le tendía los brazos, y le tapaba la boca con su boca.

Como era tan buena Teodolinda, con esto se contentaba, y ni por asomos volvía á pensar en su hermosura.

Pero el diablo, que todo lo caredea, hizo que el rey la viese, que Cupido le asateara el corazón al punto, y mi dicho y mi hecho, como los reyes se llevan al campo santo vírgenes que voluntades vanquie sin palma, enamorarse el rey Anónimo de Teodolinda, y casarse con ella, y comenzar nuestra historia, fué todo materia de poquísimo tiempo.

II.

EMPIEZA LO MAS BUENO.

Dirigía por entonces la *Gaceta* de aquel país un lonjo que soñaba con llegar á ministro del rey Anónimo, despepitándose de tal manera por conseguirlo, que no parecía sino que dudase de su predestinación á todos los honores y felicidades públicas y privadas. Convidáronle á las bodas, como era natural, y con mil agasajos y mimos portugueses le indicó su augusto amo que publicara en la *Gaceta* al otro día una puntual relación de las fiestas y regocijos.

—Ya lo intentaba yo, repuso el gacetero.

—Pues será de mí agrado, añadió el rey.

—¡Oh! pues fie de mí V. M., que ha de salir á maravilla.

A cuentas consigo mismo el gacetero, creyó asida de los cabellos la ocasión de ministrarle, con que dijo para sí:—El rey es un santo varón, que me agradecerá mis buenos oficios, acaso sin darme paga, que esto avolumbran los magnates, imaginando muy obligados y satisfechos con su gratitud efímera á los que los sirven. La reina en cambio es una santa mujer, que puede pagarme en mejor moneda, si lucía el incienso que yo quemé arrodillado ante sus aras. Y si lo olerá, que las mujeres son todo olfato para el incienso.

Lo primero que hacía el rey Anónimo al despertarse por las mañanas, era leer la *Gaceta*. Solo una costumbre matinal conocemos en tanto parecida, la de tomar chocolate:

Que no es mas el chocolate

que un lavatorio de tripas

y un despertador del hambre.

Sin embargo, costumbre por costumbre, esta nos por la menos indigesta de las dos... y que decidan los médicos cual es.

La mañana de tornaboda, como le sabían tan bien los halagos de Teodolinda, ni se la pasó por mientes al rey la tal *Gaceta*; pero el gentil-hombre de somana, que era como criado en palacio, fué; y qué hizo? después del desayuno, que quieras que no, con la *Gaceta* en la mano penetró en la alcoba de las regias consortes.

—¿Quién se atreve?... dijo el rey balbuceando de cólera.

—Señor...

—¿Quién es el imbécil que osa?...

—Señor, es la *Gaceta*.

—¡Ah! bien me figuraba yo. Solo un periódico se atreverá á entrar tan de mañana en la alcoba de un recién casado.

Pero la pólvora había prendido ya. Recordada al rey su costumbre, difícil era que la resistiese. Así fué que á pesar del zombro con que Teodolinda le contemplaba, comenzó Anónimo á leer la *Gaceta* con un afán de cada vez en aumento.

—¡Oye lo que dicen aquí! exclamó de repente, sonriendo á su cónyuge.

—¿Qué dicen?

—¿No te has de poner orgullosa?

—¡Quita allá!

—Pues escúchala.

Y el rey leyó.

«No podía haber hecho el rey Anónimo elección mas acertada.

Teodolinda, reina ya de la hermosura, merecía ser reina de nuestro

pueblo. Ni Rafael, pintor divino, ni aquel sublime Fidias, pazmo de

la sabia Grecia, imaginaron en sus delirios criatura mas seductora.

Ojos de color de cielo, cabellera rubia como el sol al ponerse, talle de

palmera agitada por la brisa, boca diminuta de labios de coral...»

«Véase al principio la misma descripción exactamente, como que la

hemos traducido de los periódicos de aquella época.»

—¿Qué te parece? exclamó el rey tan orondo.

Teodolinda se había quedado con la boca abierta.

—¿Quién dice eso? preguntó á su marido incontinentemente.

—Todos mis vasallos, repuso el rey, que como recién casado tenía

en poco una mentira mas ó menos, siempre que halagara á su esposa.

La prensa es la voz de los pueblos. Lo que este periódico dice, lo dice

todo mi...

—¿Qué quedito había! exclamó Teodolinda, interrumpiéndose y aplicando el oído, pues no sabía leer.

Anónimo sonrió á la candidez de su esposa, y dándole un beso apasionado, repuso:

—Esta sola vez la *Gaceta* no miente. Eres la mujer mas hermosa del mundo.

—¿De veras? dijo retrumiéndose Teodolinda.

—Pero no te enorgullecas por Dios.

—¡Quita allá! (¿Con que soy tan hermosa?)

III.

SE JUSTIFICA EL TÍTULO DE ESTE CUENTO.

Como la boda fué de noche, Teodolinda no había reconocido el palacio que habitaba. ¡Cual no sería su admiración al levantarse, y ver enfrente de sí en el gabinete una figura igual á ella, que le copiaba los gestos y los ademanes, que huía si ella huía, que se acercaba si ella se acercaba, y en un lado, finalmente, imitadora suya! Pósose las manos en los ojos por alejar aquel ensueño, y al quitárselas poquito á poco, vió que su copia había hecho lo mismo; sacó la lengua, y la sacó el trasunto; dió un grito descomunal de asustada, y la figura abrió la misma boca; pero al grito acudió el rey Anónimo sobresaltado y trémulo.

Quien haya gozado de las delicias que ocasiona á un hombre la candidez de la mujer que adora, ese comprenderá las del rey, cuando se convenció del inocente susto de Teodolinda. Pero en vano esforzábse á calmarla. Fuera de sí la pobre uña, que tenía henchido el cerebro de esas consejas y cuentos populares de que nacen las preocupaciones, se creía juguete de artes mágicas, de diabólicos encantadores, ó de perversas brujas. Y tan allá iba su imaginación descarriada, que el rey tuvo que recurrir á un ejemplo para convencerla.

—Ven, le dijo asiendo de la mano, y llevándola al espejo.

Al ver cómo tambien aparecía su marido, Teodolinda se tranquilizó un sí es no es; pero no pudo disimular su disgusto y su alegría á un tiempo, porque notaba las diferencias entre ella y su esposo. El rey sobre toda ponderacion feo, y ella del mismo modo divina, hacían el mas desdichado matrimonio que desde Adán y Eva se haya visto. Donde ella tenía un lunar, el rey una verruga; donde ella hechizos, él deformidades.

No voya á crear nuestros lectores que antes de esta ocasión no hubiese advertido Teodolinda su fealdad; mucho menos que eso, pero como era modesta y sencilla, como no había comprendido su propio valor, teníase por muy dichosa con el amor y la mano de un rey tan feo. Casada ya, la cuestion variaba.

—Pues te falta saber lo mejor, dijo el huero de Anónimo, sin advertir lo que pasaba en el alma de su mujer. Este espejo se llama el espejo de la verdad, porque posee, además del don de reflejar los objetos iguales exactamente, el del habla, y habla sin mentira, lisa y llana y verdadera como voz del cielo. Pregúntale cualquiera cosa, que él te contestará.

Al punto dijo Teodolinda á voz en grito:

—¿Hay mujer mas hermosa que yo?

—No, respondió el espejo.

Meneando la cabeza Teodolinda con aire de duda, se volvió á su marido para decirle:

—Pregúntale tú algo.

Frustró Anónimo el censo, pues adivinaba la maliciosa idea de su mujer, y haciendo de tripas corazón, dijo en voz alta:

—¿Hay un hombre mas feo que Belcebú?

—Tú, respondió el espejo.

Hizo una mueca de desagrado el rey, y Teodolinda se echó á reír á carcajadas, lo que ocasionó otra mueca de desagrado y aun otras mil.

Desde aquel día, Teodolinda se miraba al espejo á cada instante. Cuando su augusto esposo la dejaba sola en su gabinete, con una ansiedad difícil de describir corría al espejo dichoso á tornar á preguntarle:

—¿Hay mujer mas hermosa que yo?

—No, respondía siempre el espejo sin vacilar.

Y la hermosa reina, satisfecha como Tiberio después de haber aprovechado el día, respiraba fuertemente, se ponía la mano en el pecho para impedir que de júbilo se le saltara el corazón, y acababa por estampar en el espejo sus labios de carmín, con una ternura tan sincera, que á verla el rey se hubiera muerto de envidia.

Pero el tal Anónimo no era tonto, y conoció á la larga que entre Teodolinda y él había interponiendo algun obstáculo. Ni sus caricias eran tan vehementes, ni tan apasionado su acento como en antes. Abstracciones incomprensibles la cogían; sorprendió en sus labios más de una sonrisa inoportuna y misteriosa; sus ojos, sin saber por qué, vagaban al azar, como impulsados de una fantasia extraña, de un pensamiento loco; la hablaba y tal vez no le respondía, ó le respondía

una cox, ó echando por los brazos de Flandes. Era, en fin, tan otra, que su pobre marido sentía crecer su amor, al paso que menguaba la luna de miel. Para que en tan crítica circunstancia el amor de las maridas aumente, es indispensable, de toda indispensabilidad, que el de las mugeres disminuya. El matrimonio vuelve los corazones al revés.

Entró por acaso el rey un día en el gabinete, á la sazón que Teodolinda le daba un beso al espejo, y como si el diablo acabara de soplarle al oído su sabiduría toda, corrió Anónimo al afortunado mueble como un loco, preguntándole en voz alta:

—¿A qual de los dos quiere la reina aquí?

—A mí, respondió el espejo muy mondo.

La reina se puso encarnada como la grana, y el rey pálido como la cera.

—¿Lo has oído? gritó al cabo de un momento con voz airada.

Teodolinda se desmayó para no responder.

—¡Maldito sea el espejo de la verdad! dijo el rey desesperado, abalanzándose á él puño en ristre; pero Teodolinda entreabrió sus bellos ojos, y arrojándose como pudo, asióse de una pautorrilla para contener sus ímpetus celosos.

IV.

PROSIGUE LO MAS BUENO.

Cuatro meses eran pasados de la boda.

De día en día se desmejoraba la reina. Al color de sus mejillas había sucedido el de la remolacha desangrada: sus labios, siempre entreabiertos como de calentoriento, estaban llenos de costros: sus ojos llorones y un si es no es desprovistos de pestañas: su talle flexible iba semeñándose en morbidez á la caña de una escoba: su pecho se dejaba caer como diciendo: aquí me las den todas: sus cabellos se iban de bolin de bolin; era su andar pesado; su aliento cálido y lleno de vapores aromáticos; su mirada de cabra agonizante... y basta de pintura que ya va tirando á negra.

Anónimo, sin embargo, estaba loco de alegría, y con mayor frenesí adoraba en ella. Redoblaba sus atenciones y sus mimos: apenas la dejaba moverse de un sillón; si se ponía triste, todo era regocijos, músicas y zambras el palacio; si alegre, Dios librara á nadie de hacer semblante triste en su presencia. Y aunque son los palacios oído de murmuración y crítica, ningún palaciego decía mal del rey Anónimo, pues aquellas tiranías y aquel frenesí se disculpaban con el primer embarazo de la reina. La mayor prueba de que el que se casa va derecho á la locura, hallamos nosotros que es el hacerse lunático, pues comienza, como todo el mundo sabe, con la luna de miel, y cuando mengua la cuidada se pone á soñar con otras lunas, que si no son tan dulces como la miel, en cambio se deshacen en un trueno muy gordo; y váyase lo ganado por lo perdido.

Quien sepa cuán dengosas se ponen las mugeres en esta crítica situación, ni estrañará los alaridos del rey, ni menos los anteojos y curas fantásticas de su esposa. Hoy le asalta la idea de que su marido no cesase un punto de preguntar al espejo: —¿Hay un hombre mas feo que Belcebú? —mañaca cambiaba de bisesto, y quería que le rascase la mollera sin descansar un punto. Día llegó en que á no hacer Anónimo de lipas corazón, hubiera dado al diablo su muger, el futuro príncipe, su casamiento y su propia persona.

Pero en particular una ocacion... ¡qué terrible capricho fué aquel! Teodolinda había estado muy triste desde por la mañana. Se levantó con un deseo curioso, y no había podido satisfacerlo porque el rey se lo estorbaba con su presencia. Con esto comprendió el lector cuanto deseaba tlejarle del gabinete. Hasta llegó á sonreírse pensando que podía quedar viuda si un aire volado... pero al fin su imaginativa, de hembra propiamente, inventó un ingenioso recurso. Plichando á Anónimo con gachonería sus lindos ojos azules, y aun pasándole su blanca mano por su fea cara, tras mil rodeos y otras tantas caricias, le suplicó... ¡oh matrimonial vileza! ¡oh matrimonial destrédito! ¡oh capricho de muger! la suplicó que anduviese á gatitas el trecho que desde el sillón del rey mediaba á la alcoba. Como es de inferir, Anónimo resistió tenazmente á representar esta cuadrípoda parodia. Su cabeza coronada no era razón que tan cerca del suelo y tan próximos á descalabrarse al menor deslíz se viese. Y aunque Teodolinda le rogó casi con lágrimas en los ojos, fué vano, porque se mantuvo en sus trece, sin pizca de miramiento al estado indolente.

Viose pues Teodolinda en la precisión de no volverla á mirar á la cara, y de poner un gesto como de grande enoja, con lo que el rey aburrido y bufando salió como un cobete de la habitación, diciendo mil picardías en voz baja, á finar una porción de sentencias de criminales que en su cartera tenía. Todos fueron á la horca, todos, hasta los ladrones y los asesinos, gente de tanta fortuna.

Pero mientras tanto, satisfecha del éxito de su plan, se levantó como pudo Teodolinda de su sillón, ayudada de una camarista, y resueltamente atrató con el espejo.

Sin saber por qué se le helaron en los labios las palabras, y tuvo presentimientos tristes á millares. Hacía mucho tiempo que no conversaba con el espejito hablador, y ahora interiormente hallábase convencida de que sus verdades no le habían de ser plato de gusto. Hizo, sin embargo, un valeroso esfuerzo, y casi volviendo la cara porque el mueble no la reflejase sino de perfil, como era mas bella, preguntó en voz temblorosa:

—¿Hay muger que se aventaje á mí?

—Sí, respondió el espejo impavido.

Sudores de muerte le dieron á Teodolinda, y doblados al advertir que la camarista envillosa sonreía con aire triunfal. Por hacer de la desentendida toró á preguntarle, pero tornó el espejo á responder la misma cosa.

—¿Has oído? exclamó la reina temblando.

—¿Qué? respondió la camarista, que era talmada.

—¿Con que no has oído?

—No, señora.

—¿Jurarias que el espejo no ha dicho nada?

—Se lo juraría á V. M.

Aunque sin tragarse la píldora, Teodolinda respiró mas fuerte, y acercándose al espejo de tal manera que con su hábito lo empañaba, tornó á lo mismo de en antes y á recibir el desengaño.

—¡Dios mío! dijo para sí; ¡bien yo me lo presumía!

Y frenética de cólera se arañaba el rostro como una euérgmena. Calmada un tanto con los socorros de la camarista, que haciendo aspavientos le dió á entender que soñaba, repuso en voz muy queda á su misterioso interlocutor:

—¿Dónde está mi rival, di?

—Aquí,—respondió el espejo.

Era la camarista bastante fea; pero en vez de tranquilizar esto á la reina, fué ocacion de que se airara mas, pues estando sola con aquella muger, y vencida por ella en hermosura, claro estaba que había llegado su fealdad á un extremo lamentable. Esta vez no se contentó con arañarse el rostro, sino que el cabello se arrancaba, y los labios se mordía hasta bñárselos en sangre.

—No crea al espejo V. M.—dijo la camarista olvidándose de que le importaba ser sorda.—Siempre tuve para mí que ese espejo no tiene sentido comun.

—¡Hola! ¿con que le oíste?

—Señora...

—¿Y me engañabas!

—¡Ino á V. M.!

—Ya te comprendo; pero tú eres la que no ha de creer en lo que dice.

—Y no creó firmemente.

—Sí, que yo soy bobal ¡y le escuchabas con tal atencion! pero chasco te llevas. Aunque el embarazo me llebe muy mudada, tan otra, que yo misma tiemblo de verme, entre tú y yo todavía media considerable distancia.

—Tiene razon V. M.—dijo la camarista, sonriendo tan forzadamente que todo el cuerpo le temblaba á par de los convulsos labios.

Y aun quiso llevar su adulacion más adelante, preguntando al espejo:

—¿Es verdad que tu boca mintió?

—No,—dijo el mueble con sequedad.

—¿Luego ya la mas hermosa no soy yo?—dijo á su vez la reina, tapándose y destapándose los oídos, porque deseaba y temia la respuesta.

—No.

—Pero acaba por Dios, ó voy á alborotar el palacio.

—Despacio.

—¿Que mi rival está aquí?

—Sí.

—¿Cómo? ¿dónde? ¿quién es, pues?

—Es y no es.

—¡Vaya una respuesta rara!

—Déjelo delirar V. M. No se debe de hacer caso de semejantes dilates.

La reina, que estaba ya fuera de sí, prosiguió:

—Yo he de saber el nombre de mi rival, y va á ser hoy su último día.

—¡Impío!—respondió el espejo con cierto airecillo socarrón.

—¿Es la camarista que conmigo está?

—¿Ja, ja, ja, ja.—exclamó el espejo sin poderse contener.

Y sin poderse contener tampoco Teodolinda, alargó la mano á su fea compañera, devolviéndole su gracia, que ella tuvo en mas que la del espejo, pobre, de ningun valor, y sobre todo huera y falsa.

—Dime dónde está, ¿dónde!

—En tí, balbuceó lentamente el espejo.

—Es más de enloquecer, exclamó Teodolinda tranquilizándose un poco. ¿Mi rival en mí! no lo alcanzo. ¿Qué quiere decir esto? es una adivinanza sin duda.

—No se toma V. M. la pena...

— ¡Pues no! Espejito charlatan, ¡mi rival está en mí! ¿dónde? yo no la encuentro.

— Dentro.

— ¡Dentro! ¡Jesús qué barbaridad! Ni tiene pizca de sentido común la respuesta, ni...

— ¡Calle! exclamó la dama con una palmada en la frente. Ya le comprendí.

— Si, respondió el espejo, metiendo su cucharada sin que nadie se lo mandase.

— Habla, gritó la reina, pálida como la muerte.

— La rival de V. M. es la criatura que lleva en el seno.

— Bueno, repuso el espejo gravemente.

— ¡Maldita sea! exclamó la reina arrojándole un candelero de bronce, que dió en la mitad de la luna. ¡Maldita sea! ¡que antes de nacer ya me aflige!

— Tu hija!

— Tu hija!

— Tu hija!

— Tu hija!

Así fueron murmurando dolorosamente los pedazos en que el espejo saltó:

(Continuad.)

VICENTE BARRANTES.

EL DIABLO MUNDO,

POEMA

DE DON JOSE DE ESPRONCEDA.

CONTINUACION

Por Don Miguel de los Santos Alvarez.

¡Era hermosa la pobre! ¡y fué tan bella,
Que la maldita luz de su hermosa
Se ha convertido en la fatal estrella
De su triste y mi triste desventura!...
¡Ella me la ha matado!... ¡solo ella
Guió hasta el fondo de mi vida oscura,
A quien, sin la hermosura de su cara,
Acaso nunca por mi puerta entrara!...

Yo, hijo mio, nací, por mis pecados,
Para hacer esta vida en que me veo:
No porque yo por otros mas honrados
No quisiera trocar mi vil empleo:
Pero al fin, á cada uno sus cuidados
Le afligen, y no hay vida sin deseo;
Por eso, á costa yo de mi conciencia,
He llevado esta vida con paciencia.

¡Qué se ha de hacer! ¡Dios mio! en esta tierra
Todos somos mortales pecadores:
El demonio nos hace á todos guerra,
Grandes y chicos, pobres y señores;
Y si Dios no perdona al que aquí yerra;
Por culpas mas pequeñas ó mayores,
Al infierno en monton todos iremos,
Que con mentir á Dios no engañaremos.

Al fin, bien sabe Dios que yo he vivido
Sin hacer daño á nadie, y mas honrada
En mi maldito oficio siempre he sido,
Que otras que yo conozco. ¡Ni por nada,
Jamás ¡Jesús me libre! he consentido
Tentar como otras á una pobre honrada,
Con embujadas, cartas y regalos,
Medios perversos de los hombres malos.

¡Pero, hijo, yo me olvido de mi pena!...
¡Mas ella es la que trae á mi memoria
Todo el enredo y toda la cadena
De las causas malditas de esta historia!...
¡Ay!... este pensamiento me envenena!...
¡Pobre hija mia que estás ya en la gloria,
Si de madre mas buena hubieras sido,
Nunca desprecio tal te hubiera herido!...

¡La pobre!... ¡Ningun mal habia hecho!
¡Aquel hombre sin alma!... ¡el asesino!
¡El sin cuchillo destruyó ese pecho
Que merecia otro mejor destino!...
¡Ay! el brutal insulto fué derecho
A un corazon como las perlas fino,
Que recibiendo tan odiosa herida,
Perdió con el amor toda su vida!

Yo guardaba en mi hija con cuidado
La flor de su hermosura y su inocencia,
Y á la virtud la habia encaminado,
Y era feliz y honrada su existencia!
Que para hacer feliz á un hijo amado,
Las madres todas tienen igual ciencia,
Y aunque yo sea mala, la queria,
Y era en el mundo el ángel de su guia!

¡Era una santa yo, cuando la hablaba!...
La ocultaba mi vida y mi vileza,
Y ella la pobre, que inocente estaba,
Todo me lo creia con pureza.
¡Ni por el pensamiento la pasaba
La maldad de esta casa y la baja;
Yo á fuerza de desvelo y de cariño,
La manejaba como á un pobre niño!

Así creia yo que ella, inocente,
Por mi larga experiencia defendida,
Viviera feliz y eternamente
Con tranquila y honrada y simple vida:
Con amor de lo honesto y lo decente,
Y odio á esa libertad tan corrompida,
Que de deslices torpes, en deslices,
Hace en el mundo tantas infelices!

¡Y era verdad! ¡No tuvo un pensamiento
Que no fuera más blanco que la luna,
De noble y bueno y generoso aliento,
Y digno de otra madre y de otra cuna!
¡No! de otra madre, no, que yo me siento
Con mas amor para ella que ninguna!...
¡Hija de mis entrañas! ¡Quién podia
Quererte mas que yo, que en ti vivia!

Tú fuistes, hija mia, abandonada
Por tu padre cruel, que fué conmigo,
Aunque yo era peor y mas culpada,
Tan bárbaro como ese fué contigo!...
¡Feliz tú que te has muerto y no manchada
Como yo y miserable!... ¡Mas qué digo!...
¡Bendecir yo la muerte de mi hija!
¡No, no! sin tregua mi dolor me aflija!!!

¡Hija mia! ¡hija mia! ¡quién pensara
Que inútil fuera para tu ventura,
Tanto cuidado como yo empleara,
Para que fueras inocente y pura!...
¡Lo fuiste, sí, pero ¡ay! que no repara
La suerte en la virtud ni en la hermosura,
Y al mas buen corazon, mejor asesta
Con el puñal de una pasión funesta!

Qué descuidada estabas tú, Lucia,
Del mal á que tu amor te ha conducido!
¡Y yo, que resguardada te tenia,
De un peligro por mi siempre temido!
Mas cuando un pobre corazon se fia
De un cariño cualquiera en el nacido,
¡Qué valen de una madre los desvelos
Contra toda la fuerza de los cielos!...

Don Luis, joven y hermoso y de alta cuna,
Con tales dolos por mi mal, criado,
La vió ¡maldita sea mi fortuna!
Y al verla quedó loco enamorado.
¡Y qué habia de hacer?... ¡Muger ninguna,
Tuvo un rostro como ese que ahora helado
Y muerto ya, es de un ángel todavía!...
¡Qué hermosa estás aun, pobre hija mia!...

Ese fué para mí ; desventurada !
 El último momento de sosiego :
 Ni con Lucía me sirvió de nada ,
 Mi amor contra otro amor , de pasión ciego :
 Que para una mujer que es bien amada ,
 No hay en el mundo otro niogun apego ,
 Y una pasión que es cierta y no fingida
 Vencé á la mas honesta y recogida !

¿Cómo, mi pobre hija, que era buena,
 Con tanto suspirar de un tierno mozo,
 Había de vivir olla, serena,
 Sin que el amor la entrase de rebozo

Con tierna compasión de tanta pena,
 Que ella podía convertir en gozo ?
 ¿Qué blando corazón no se enamora
 De otro que triste, enamorado, llora ?...

No así que reparé que se venía
 Aquí Don Luis temprano y de mañana,
 Y eso, cuando en mi casa no dormía ;
 Que llegó á estarse toda una semana,
 Aquí toda la noche y todo el día ;
 Conoci bien ¡ no fué sospecha vana !
 Que era cosa formal y de cuidado,
 El empeño del mozo enamorado.



Por supuesto que así que á casa vino,
 Por mi desgracia, por la vez primera,
 Con franqueza me habló del repentino
 Amor á mi Lucía, y cómo no era
 El primero que andaba aquel camino,
 Ni el menor susto concebí siquiera,
 Y así, le respondí con buenos modos,
 Que era viña vedada para todos.

Me rogó, me ofreció, pero en fin, viendo
 Que con hablarle así no le engañaba,
 Aunque siguió solícito viotendo,
 De cosa tal, jamás, jamás me hablaba,
 Y su pasión ardiente conteniendo,
 Como dormido, en el sofá pasaba
 Con gran paciencia un día y otro día,
 Sin poder ver siquiera á mi Lucía,

Quando entró en mi de veras el recio
 De que aquello era amor, y peligroso,

Me propuse cortarle todo el vuelo,
 Sin darle ni un momento de reposo :
 ¡ Y si me hubiera protegido el cielo,
 No horrorara este caso lastimoso,
 Que bien pronto acudí á secar la fuente
 De mi desgracia y mi dolor presente !...

Hablé á Don Luis, y habíele con dulzura,
 Rogándole por Dios que se dejara
 De aquel empeño, que era una locura
 Indigna de él ; le dije que pensara
 Que era mi pobre hija muy oscura
 Para que un caballero así la amara,
 Y que no era tampoco tan hermosa,
 Que disculpara una pasión furiosa.

(Continuará.)

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alambra